

DOSSIER EXPERIENCIA BECA ARQUIA EN CRUZ Y ORTIZ (SEVILLA)

Aún recuerdo esa madrugada de abril. El sonido de las teclas de mi portátil rompía el silencio de otra noche en vela. Rellenaba el formulario de las Becas Arquia en las horas que me habían quedado antes de irme de viaje a Oporto. Ya tendría tiempo de dormir en el autobús, ahora era tiempo de soñar despierto.

Unos meses después era el sonido de mi teléfono el que rompía la lección sobre Ruskin en Ideas y Teorías de la arquitectura. Las vibraciones al otro lado de la voz de Paola se iban a convertir en habituales en los próximos meses. Hasta que con el primer frío de otoño nos veíamos en A Coruña. Las sonrisas que dibujaban los rostros de todos mis compañeros becarios en la entrega de becas reflejaban la misma ilusión. Quién nos iba a decir que después de unas cuantas horas juntas esas 20 miradas, que compartían miedo e ilusión, se iban a convertir en nombres y apellidos, en historias que contar e incluso algunas para no dormir. Un viaje contándonos cuantos metros de papel, litros de tinta y discos duros habían pasado por nuestras manos mientras aprendíamos un arte que da vida a los sueños.

Después de unos cuantos meses, el sol del Sur me despertaba por primera vez una mañana de septiembre. La humedad de esta orilla del Guadalquivir entraba por mis pulmones mientras alimentaban de oxígeno mi primer paseo por el barrio del Arenal. Dejaba de lado el asfalto y el gris de Madrid, una ciudad genérica como escribe Koolhaas. Para sustituirlo por las señoras limpiando su tramo de irregulares adoquines y los vecinos compitiendo por que su fachada luzca más blanca que el blanco de sus vecinos. Mi camino diario al trabajo era amenizado por el albero que dejaba en sus espuelas el caballo que me encontré el primer día y los sonidos de las charlas de algunas vecinas delante de azulejos con unas cuantas dolorosas.

Recuerdo atravesar la puerta de Santas Patronas 36 por primera vez, sumergirme en ese ambiente blanquecino y compartir esa experiencia con más de 15 humanos, donde parecía que todos teníamos ese miedo a hacer el primer contacto visual. Unos días después las escaleras encerradas por barrotes se iban a convertir en una absoluta normalidad. Por que mientras subía esos peldaños estos seis meses, he crecido y madurado, sin darme cuenta.

Es curioso como esas complejidades de mis paseos diarios, esas irregularidades, esos sonidos, esa riqueza de tonos de blanco, parece dormirse por efecto de la flor de los alcaloides dentro de Cruz y Ortiz. Pese a que hace unos cuantos minutos que ha sonado el despertador, deambulo sonámbulo atravesando el amarillo albero del Arenal. Un día más, los mismos adoquines, los mismos peldaños, el mismo número de pasos antes de llegar al punto final de mi destino matutino. Recorro de forma involuntaria la ciudad y andar se convierte en un gesto semiconsciente. Escribo de forma automática una distancia entre dos lugares, transformando el recorrido en un no lugar. Mis pasos son los movimientos de un animal enjaulado, sólo roto por las onomatopeyas flamencas de algunos de mis compañeros.

La situación de la arquitectura en España es compleja y el ambiente en Cruz y Ortiz es un reflejo de esta realidad. Hay que lidiar cada día con las dificultades de una profesión que está irrenunciablemente ligada a un contexto económico y social. Soy el primero que está cansado de oír la palabra crisis y sin duda de lo que es peor, sus consecuencias. Por eso tenemos que ser

conscientes de que son pocas las actividades humanas que en nuestro tiempo no se lleven a cabo en un lugar proyectado, como es el caso del sitio donde venimos a este mundo, la ciudad donde vivimos o donde amamos. Tenemos por tanto que estar atentos a la vida misma, es decir, a lo más cotidiano y aburrido del hombre. Nosotros debemos ser los encargados de buscar, entender y construir la circunstancia del futuro que haga fuerte al presente.

Si algo he aprendido es que no debemos desanimarnos a las primeras de cambio, por que esto es una carrera de fondo. Para persistir con el corazón y la cabeza. Por que en estos seis meses he reído y llorado, he compartido los momentos de mayor gloria y humillación, incluso hasta cuando la vida nos da errores fatales. Y así, sin darnos cuenta, pese a que al primer día lo miraba con respeto, he hecho mío el color del albero sevillano.

Muchas gracias por haber podido compartir este sueño con la Fundación Arquia y espero disfrutar tanto en el Workshop de la Fundación ICO.

RAFAEL M.HERNÁNDEZ

















